

LOS CIEN AÑOS DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

Por Alberto Wagner de Reyna

(Discurso pronunciado en Bogotá el 17 de agosto de 1972, en la sesión pública celebrada por la Academia Colombiana de la Lengua para conmemorar el centenario de su instalación y a la que asistió el Presidente de la República de Colombia. Don Misael Pastrana)

Excelentísimo señor Presidente de la República:

¡Cuán placentera y honrosa misión me ha confiado la Academia Peruana de la Lengua, residente en Lima, al diputarme ante su egregia homóloga colombiana, radicada en Santafé de Bogotá! ¡Y qué generosa benevolencia me dispensa ésta al acogerme e invitarme a concurrir a sus deliberaciones, y especialmente a hacer uso de la palabra en estas solemnes juntas conmemorativas! Mis cumplidas gracias vayan a una y otra por permitirme estas funciones intelectuales complementarias —plenas de solaz y encanto— que condecoran mi gratisimo destino de Embajador del Perú ante el ilustrado gobierno de Vuestra Excelencia.

Señor Director:

En la celebración oficial del centenario del establecimiento de la docta corporación que con tanto acierto y digni-

dad presidís, hermana mayor de las demás de nuestra América, primera entre sus pares por edad y merecimientos, se regocijan y felicitan todas, por ser ella espejo de academias y paradigma de crisoles. Al evocar hoy su secular trayectoria, asistimos al desfile de las esclarecidas sombras de vigorosos hablistas, de eruditos filólogos, de hombres de letras cuya prosa arraiga en la tierra nutricia y de poetas que lanzaron bajeles de metáforas y ritmo por todos los mares de la fantasía. Todos ellos, junto con la estela de su fama, han dejado bienhechora huella en el habla de Colombia, en el saber lingüístico de América y España, y en el corazón y la mente de admiradores y discípulos aquende y allende los océanos. Sin menoscabo del valer y la influencia de grandes figuras continentales, maestros en la ciencia y el arte del decir, se puede afirmar con justicia que vuestra Academia ha aportado la contribución colectiva más eminente en ultramar a la defensa de la limpieza y esplendor de nuestra lengua, nacida en Castilla, heredada de España, y patrimonio espiritual común del mundo hispánico.

Al trasmitiros, señores académicos, este cálido mensaje congratulatorio —albricias fraternas, homenaje sincero, augurios propicios— que os envía mi alma mater limense en tan feliz efemérides, estoy seguro de interpretar, aunque carezca de mandato para ello, el íntimo sentir de todas las Academias de esta región indiana y antártica.

Agradecimiento por vuestra tesonera labor, voz de aliento y estímulo a que prosigáis en ella, quieren ser mis pobres palabras: urge batallar con denuedo por nuestro cada vez más amenazado idioma, que sólo levantando el estandarte vencedor del Cid en los vastísimos campos de la comunicación humana contemporánea lograremos ser nosotros mismos, a través de una expresión propia, bella, veraz y rigurosa que refleje el alma y vocación de nuestra stirpe.